

Tenía veintidós años, me acababa de licenciar en la universidad y realmente no tenía ningunas ganas de ponerme a currar.

No me malinterpreten: no es que fuera vaga. Quería *trabajar*, pero no tenía ningún interés en un TRABAJO-trabajo.

Como adolescente hiperemocional, compositora de canciones y fanática del teatro, me enfrenté a un abismo infinito y desconcertante entre aquello en lo que me quería convertir —una *Artista de Verdad*— y la forma de, bueno..., *convertirme* en una. A pesar de que rendía culto diario en el altar de la MTV, no conocía a músicos famosos, de modo que no les podía preguntar cómo habían llegado a serlo. Ni siquiera conocía a músicos que no fueran famosos. Todos los adultos con los que me había topado —mis padres, los padres de mis amigos— tenían trabajos “serios”: misteriosos, complicados, trabajos de oficina, trabajos en edificios altos, trabajos en los que había que utilizar el ordenador, trabajos de los que no entendía nada y que no me interesaban.

Cuando la gente me preguntaba Qué Quería Ser de Mayor, les mentía y me limitaba a responder lo que más les pudiera impresionar: ¡Abogada! ¡Doctora! ¡Arquitecta! ¡Astronauta! ¡Veterinaria! (Le tenía mucho cariño a mi gato y creía que con eso era suficiente).

La verdad parecía demasiado tonta. Quería ser Estrella del Rock. No estrella del pop: ESTRELLA DEL ROCK. Una estrella artística, con onda. Como Prince, como Janis Joplin o como Patti Smith. Como los tíos de The Cure. Los que parecía que Vivían Su Arte. Me encantaba tocar el piano y escribir canciones y sabía que, si pudiera elegir, ESE era el trabajo que quería.

Sin embargo, no tenía ni idea de cómo se conseguía ese trabajo o qué significaba en la práctica ser un artista capaz de ganarse el suel-

do. Apenas había alcanzado a ver a un artista en activo en su hábitat natural hasta que asistí a mi primer concierto de rock a los once años y comprobé que Cyndi Lauper era una persona de carne y hueso. Hasta ese momento, sospechaba que eran actores los que hacían de Cyndi Lauper, Prince y Madonna.

Además, la formación en humanidades que, generosamente, mis padres habían costado con mucho esfuerzo, porque consideraban que era una necesidad básica para “sobrevivir en el mundo real”, me había preparado poco o nada para la dura realidad del camino profesional que había elegido.

Tampoco es que toda la carrera fuera teoría inaplicable o tiempo perdido, y no me arrepiento de mi paso por la universidad. Aprendí a revelar a mano mi propia película en un cuarto oscuro. Aprendí los rudimentos de la iluminación teatral. Estudié a Chaucer, a John Cage, la performance posmoderna, los cineastas experimentales alemanes posteriores a la Segunda Guerra Mundial y las Creencias Posapocalípticas / Escatológicas en una Variedad de Religiones del Mundo y Géneros de Ficción. Incluso aprendí –no en las aulas, claro– a construir un cañón lanzapatatas que podía disparar a cuarenta y cinco metros (la distancia que había hasta la residencia rival de enfrente) utilizando un trozo largo de tubería de PVC y un bote de fijador para el pelo. (Y una patata).

En esos cuatro años también aprendí que alimentarse de humus, galletas y cereales engorda, que es imposible ponerle una espita a un barril si no está bien frío, y que pinchar discos en un programa de radio universitario de las tres a las cinco de la mañana no amplía ni un ápice tu círculo social. Y que la heroína mata.

Sin embargo, no aprendí a ser una estrella de rock ni, en realidad, una bohemia con posibilidades de conseguir trabajo y ganarse un sueldo; la universidad Wesleyan no ofrecía cursos prácticos sobre el particular. Y no parecía haber nadie por ahí a quien preguntarle.

Ahora ya estaba, me había licenciado y había dado una alegría a mi familia. Y después de inscribirme, sufrir un ataque de pánico y renunciar apresuradamente a una beca para cursar un máster en “lo que quisiera” en la universidad de Heidelberg (por aquel entonces había

llegado a la conclusión de que el mundo académico me deprimía y me hacía beber más de la cuenta), volví a Boston desde Alemania con dos maletas enormes y sin planes sobre cómo Empezar Mi Vida Real.

Me planteé la situación.

Sabía que quería dedicarme a la música.

Sabía que no quería un Trabajo de Verdad.

Sabía que tenía que pagarme la comida y un lugar donde vivir.

Entré a trabajar de camarera, alquilé una habitación en una casa ruinosa en Somerville (Massachusetts), y decidí que haría de estatua.

* * *

Toscanini, donde trabajé sirviendo cafés y bolas de sorbete junto a una pandilla variopinta de veinteañeros, era una empresa del pueblo con tres tiendas en Cambridge, propiedad de un tipo increíble que se llamaba Gus Rancatore y que las gestionaba con esmero. Un humilde recorte de prensa permanentemente pegado a la ventana que daba a la calle rezaba:

“EL MEJOR HELADO DEL MUNDO” – THE NEW YORK TIMES

A los camareros se les garantizaban cuatro turnos por semana a nueve dólares y medio la hora más propinas, lo que alcanzaba para vivir, y todos los que trabajaban ahí comían mucho helado, que era gratis para los empleados. Mis gastos incluían el alquiler (trescientos cincuenta dólares al mes), la comida excepto los helados (podía arreglármelas con unos cien dólares al mes), y los extras: cigarrillos, cerveza, discos, reparaciones en la bici y, de vez en cuando, ropa. Nunca tuve gustos caros y la mayor parte de mi armario procedía de la sección de “a dólar el medio kilo” de una tienda de ropa usada de Cambridge llamada The Garment District, que es donde encontré El Vestido.

Construir la estatua fue fácil: fisgué por las tiendas vintage buscando un disfraz monocromático, con el cuello alto y de mangas largas que me inspirara y encontré un vestido de novia antiguo que encajaba y solo me costó veintinueve dólares. –*Perfecto*, pensé. Sería una *novia*, toda de blanco. Fácil. Triste. Misteriosa. *Tímida. Cautivadora. ¡MELANCÓLICA!* ¿A quién no le gusta una novia?

También compré maquillaje blanco, un velo largo de encaje y un par de guantes de ópera blancos y largos. Después fui a la tienda de pelucas y completé el conjunto con una melena negra y corta estilo Bettie Page. Compré un jarrón de cristal en una tienda de segunda mano y lo pinté de blanco con spray en la acera frente a mi apartamento.

Empecé al día siguiente.

Decidí que sería perfecto repartir flores en señal de agradecimiento, pero no sabía exactamente cuántas necesitaría. Desde luego no iba a *comprar* flores cuando crecían gratis a lo largo del río Charles; me había gastado los ahorros que me quedaban en la vestimenta y estaba prácticamente sin un chavo.

De modo que di un paseo de una hora por la orilla del río que discurre elegantemente junto a las residencias de estudiantes de Harvard y me sentí de lo más emprendedora, ingeniosa y bohemia reuniendo todas las flores que parecían presentables hasta que tuve cincuenta.

Me agencié tres cajas de plástico que encontré tiradas en un callejón, me metí en el baño para empleados en el sótano de Toscanini y me puse el disfraz.

Entonces, con el corazón en un puño, me dirigí al centro de Harvard Square. Les ruego que se imaginen el momento: andaba por una acera de ciudad como cualquier otra un caluroso día de verano con un vestido de novia, la cara pintada de blanco y tres cajas de plástico a cuestas, ataviada con una peluca negra y botas militares alemanas negras y ruidosas. La gente se me quedaba mirando.

Elegí un punto relativamente transitado de la acera de adoquines frente a la estación de metro, dispuse las cajas de plástico en forma de pirámide, cubrí el pedestal de cajas con una falda blanca, me subí encima, puse recta la espalda, levanté al aire el jarrón pintado con espray lleno de flores silvestres y... me quedé quieta.

* * *

Los primeros momentos ahí arriba fueron aterradores.

Me sentí verdaderamente estúpida.

Vulnerable. Ridícula.

Fue una suerte que llevara la cara cubierta de pintura blanca; durante los primeros diez minutos noté que estaba roja como un tomate bajo la capa de pintura.

No se me escapaba lo absurdo de lo que estaba haciendo.

Vas pintada de blanco y estás encima de una caja.

Vas pintada de blanco y estás encima de una caja.

Vas pintada de blanco y estás ENCIMA DE UNA CAJA.

Eres un puto desastre.

Mi mantra masoquista se vio interrumpido en el momento en que las primeras personas se aproximaron con curiosidad. Se formó un pequeño grupo a una distancia prudencial y un niño de cinco años se me acercó con los ojos como platos. En el sombrero vacío que tenía a mis pies depositó con cuidado un dólar que le había dado su madre.

Entonces sacudí los brazos como quien revive, como si hubiera sufrido una descarga, dejé que mi mano se posara teatralmente sobre el jarrón pintado de blanco, lo miré, seleccioné una de las flores y se la di sin decir nada.

El niño gritó de la emoción.

Funcionó.

Después otra persona metió un dólar.

Y después otra.

Y otra.

Al cabo de una hora, el ramo de flores había desaparecido.

Bajé. Fui hasta Toscanini otra vez con las cajas a cuestas, las escondí furtivamente en el sótano, saludé a mis compañeros de trabajo, me colé tras la barra para servirme gratis un café helado con una bola de avellana y me senté en una de las mesitas metálicas de la terraza para contar lo del sombrero. Había algunas monedas, pero sobre todo billetes. Alguien había puesto cinco dólares.

Había conseguido treinta y ocho dólares en una hora. En un día de buenas propinas en el café, conseguía setenta y cinco dólares. Por seis horas.

Me lavé la cara en el baño y volví al centro de la plaza con el fajo de billetes de un dólar en el bolsillo. Justo en el cruce entre la avenida

Massachusetts y la calle JFK me di cuenta. Frené en seco, atónita al caer en lo que acababa de pasar.

Puedo trabajar de esto.

Puedo hacerlo todos los días en que haga buen tiempo y no llueva.

Si acabo de embolsarme treinta y ocho dólares en una hora, puedo trabajar tres horas y sacar unos cien dólares al día.

Ya no tengo que servir más helados.

Puedo decidir yo el horario.

Ya nadie podrá despedirme.

NUNCA MÁS VOY A TENER UN TRABAJO DE VERDAD.

¿Y en la práctica?

Nunca más lo tuve.